

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

LA PAZ DEL CAMPOSANTO

En la ciudad del silencio todo es quietud y armonía. A la vista de los humanos que visitan el camposanto, aun se pueden contemplar los últimos alardes de la ambición de los hombres ostentando orgullosamente el lujo de sus mausoleos y catafalcos-funerarios.

En ellos, como una burla de la muerte, se guardan los miserables restos de quien fué poderoso en la vida y gozó del poder y de las riquezas. Pero ese lujo y esa orgullosa ostentación se han visto detenidas por la madre tierra que igualando a todos, fué destrozando los cuerpos que en vida tanto se distinguieron.

Hasta las puertas de la muerte llegó el poderío y la riqueza. Por debajo de la ciudad del silencio la igualdad más exacta niveló a todos los seres humanos sin importarles nada a la tierra que cumple el terrible mandato de destrucción, los ricos mármoles y las bellas estatuas con que han querido honrar la vida hasta los mismos umbrales de la muerte.

La paz reina en el camposanto. Un silencio que hace enmudecer los labios y recoger el espíritu de los que lo visitan, lleva unos momentos de meditación a las conciencias que muy de tarde en tarde reconocen el inevitable fin que les espera.

Una fosa vacía espera un cuerpo que tal vez no ha muerto todavía. Pacientemente aguarda su llegada. Sabe muy bien aquella tierra removida que tarde o temprano tendrá que guardar en sus entrañas otro cuerpo para su destrucción. Rico o pobre, mendigo o poderoso, ¡qué más da! La tierra no distingue uno de otro. La terrible igualdad de los seres comienza allí, al otro lado de la tumba, por debajo de esas coronas y ramilletes con que la humanidad cree mitigar el dolor por los seres queridos que se fueron.

Una vida nueva nace por debajo de aquella tierra que oculta la miseria humana al resto de los mortales.

No es la justicia de los hombres, ni los méritos humanos, ni la vanagloria y el poderío quien ha de juzgar a quienes han rendido su tributo. Es una

justicia cierta, exacta, inmutable, dictada por Dios mismo que no juzga por los actos externos del hombre, sino que mira a nuestro interior y le hace comprender cuándo ha de ser la misericordia y cuándo el castigo a la perversidad la que ha de dictar su fallo. Quien tuvo el poder en su mano dará cuenta de todas sus disposiciones como gobernante, quien tuvo riquezas, habrá de demostrar su empleo, quien fué pobre, presentará al Juez Supremo la resignación de su pobreza, todos rendirán cuenta de sus actos con la seguridad de que quien los juzga tiene autoridad suficiente para ello.

La justicia de los hombres, injusta en sus principios muchas veces, indigna en sus sentencias, llena de perversidad que dicta el apasionamiento, ensañándose a veces y dictada otras por quienes habrían de ser ellos quienes deberían también de responder ante los jueces de sus actos indignos, no puede ser nunca ésta justicia la medida de la justicia de Dios.

Ante El, igualados por la muerte que nos hizo abandonar los laureles que el mundo fué poniendo en nuestras sienes, nos presentamos o con la alegría de nuestra honrada conciencia, limpia de pecados o nos vemos humillados y confundidos ante la recta y exacta justicia de un Dios.

Inevitable es el fin. Caminamos estos días hacia el camposanto, para llevar una oración a los que se fueron ya y para meditar un momento la realidad de una vida que dura poco y que si los años nos obsequian con una mayor permanencia en este mundo, ellos mismos nos van diciendo como hojas de árboles otoñales, la desilusión de muchas ambiciones humanas, al mismo tiempo que la vida nos va día a día, desgarrando el corazón por los desencantos que la realidad nos hace ver con la crueldad de las cosas humanas.

La paz del camposanto. Tranquilo jardín que nos oculta muchas verdades. Si los muertos asomaran a sus tósas y pudieran hablar a quienes los visitan, podríamos oír la verdad que muchos ocultaban en sus vidas. Oiría-

mos al opulento señor de vida cómoda y fastuosa condenar con terribles palabras las riquezas que no supo administrar, nos diría el hombre oscuro y sencillo que día a día monótonamente trabajaba en su honrado taller, que goza de Dios eternamente como premio a la virtud de su resignada pobreza, nos diría el fariseo hipócrita, y el especulador sin conciencia, y la mujer que perdonada una vez no quiso seguir el consejo divino... lo que es triste sospechar, oíríamos las lamentaciones de quienes en su orgullo intelectual no quisieron inclinar su rodilla ante la majestad de Dios e inclinar su cabeza humildemente. La conciencia haría gritar a las lenguas que fueron mudas a la verdad por la vergüenza o la hipocresía.

Es la hora de los muertos. La hora de la meditación. Es el alto en el camino de la vida de un año en el cual detenemos nuestra afanosa actividad humana para pensar en un fin inevitable y fatal. Un poco de tierra cubrirá nuestro cuerpo para siempre, ese poco de tierra es la puerta que nos separa de la eternidad y de nuestra futura vida.

«Y a aquella puerta llamarás al cabo... ¿quién deja de llamar?»

X.

Diálogos y monólogos macábricos

De tumba a tumba
antes de media noche

—¡Marqués!

—¡Hola, Vizconde!

—¿Has visto a tus herederos?

—No me los recuerdes; ¡qué lujo, qué cintazos y qué derroche! ¡Ah, si pudiese volver a la vida!

—¡Maldito sea!; ¡pasó por aquí y ni se ha parado siquiera ante mi tumba!

—¿Qué te pasa, Ruperto?

—Ese hijo mío; me desvelé por él y ni se acuerda ya de mí.

—¡Si me vieses ahora los del Club y la Gran Peña! Fuí un modelo de elegantes y ahora estoy hecho una porquería.

—¿Duermes, Virginia?
 —No, esposo mío.
 —¿Has visto a nuestros hijos?
 —Sí, pobrecitos; ¡cómo se acuerdan de nosotros aún! Sus oraciones han sido un bálsamo consolador para mis penas.
 —Intercederemos por ellos cuando Dios nos lleve a su santa gloria.

 —¡Anda! Ya tengo la levita roída y echada a perder; se me está cayendo a pedazos.
 —¿Quién es ese?
 —El usurero del nicho 525, que aún gruñe porque se le estropea el traje.

 —Ah, si pudiésemos nacer dos veces; ya les arreglaría yo a esos.
 —¿Has visto, mujer? Muchas coronas, muchas coronas, muchos pensamientos, mucha luz, mucho lujo y... ni una oración siquiera.
 —¡Les hubieses enseñado a rezar! ¡Esta es la paga que justamente recibes!

 —¡Ay de mí! ¡Qué eterna noche! ¡Qué sufrimientos! ¡Qué humedad y qué frío! ¿Durará mucho esto? ¿Cuándo acabará?
 —(El reloj de la iglesia). ¡Siempre! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Jamás!

 —Dentro de unos cuantos días saldremos del Purgatorio.
 —¡Benditos mil veces sean nuestros hijos!

 —¡Si pudiese romper la losa pegaba un puntapié a todos los adornos y recuerdos de los míos! ¡Ansiaban mi muerte y ahora vienen fingiendo desconsuelo! ¡Miserables!

 —Duquesa, ¿no se ha engalanado usted esta noche?
 —¡Ay de mí! Fuí la más hermosa de las mujeres y ahora debo estar horrible; si me viese en un espejo me moriría de nuevo si posible fuese.

 —Las oraciones y sufragios de los míos me han subido hasta el trono del Señor. ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Bendita sea la misericordia de María!

 —¡Divertíos, mundanos!; ¡gozad, imbeciles! ¡No tardaréis en hacernos compañía!

 —Fíjate en este suave y poético murmullo.
 —Es el eco de las oraciones de los fieles.

 —La vida es un paréntesis entre dos sonrisas.
 —¡Falso!; la vida es un paréntesis, sí, pero entre dos lágrimas.
 —La vida es una pesadilla entre dos sueños tranquilos.
 —La vida es un relámpago.
 —No, señor, es un bostezo.
 —¡Falso!; es una ilusión.
 —Es un sueño.
 —¡Callaos ya! ¡Malditos filósofos!

¿Ni aun en la tumba podéis andar acordados?

—¡Viva la igualdad! Ahora sí que puedo echar el grito a mis anchas. En el exterior, hasta el pie de nuestra tumba se nota la desigualdad mundanal; pero aquí no, en nuestra casa todos somos lo mismo. ¡Viva la igualdad!

—¡Todo es vanidad! ¡Miseria, polvo, humo, nada!

—¿Qué es ese ruido?
 —Un gusano que roe los huesos de mi cráneo.

—Pues como te decía...
 —Silencio, que dan las doce.

El Angel de la muerte

(La campana de la torre de la iglesia toca algunas campanadas con quejumbroso son. Aparece el Angel de la muerte en las alturas, con una guadaña en una mano y el reloj de arena en la otra).

—¡Silencio, súbditos míos! Dan las doce en la capital. A dormir de nuevo hasta el próximo año; os volveré a la vida entonces para que deis una ojeada sobre la tierra y veáis todos cómo se portan con vosotros los que habéis dejado en el mundo de los vivos. Esto servirá de bálsamo consolador a los buenos y de remordimiento y pena para los malos. A dormir pues, vasallos de mi reino. ¡Yo os lo mando!

(El silencio tétrico y, en esta ocasión verdaderamente sepulcral se restablece en el lugar santo; el aire murmura quejumbroso entre las ramas de los sauces y cipreses, las lucecillas de los sepulcros van apagándose unas tras otras, como vidas que se acaban. Mientras tanto la elocuente lengua de metal de la lejana torre da las últimas campanadas. La noche de Difuntos ha muerto y nace el nuevo día).

JOSE CIURANA

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

La doctrina predicada por Jesús de Nazaret, a través de sus años de vida pública, tiene como base fundamental el amor.

Por el amor vino al mundo, vivió con los hombres y aceptó resignadamente la muerte a fin de salvar a los pecadores, verdaderos mercedores del castigo divino.

En sus distintos pasajes admiramos la bondad como norma de su conducta, la simpatía hacia el que sufre, la palabra afectuosa a quien se acerca a El para escucharlo. No quiere, muchas veces, prodigar sus actos milagrosos y huye de este recurso extraordinario de su divinidad. Prefiere las almas que van a El atraídas por el amor; pero no puede evitar que salga de sí su gracia y realice portentosos milagros cuando la fe del centurión, o la de la mujer que toca sus vestidos, se acercan a El suplicantes.

El creyente, siente placer en su fe y tendencia hacia el bien. Esto es lo grandioso de la religión predicada por el Maestro de Nazaret.

Y transcurren los años y la doctrina sigue haciendo el milagro de llevar paz a los corazones de los hombres creyentes, mitigando el dolor con la resignación cristiana de la fe, suavizando asperezas que la vida crea de continuo e infiltrando en el hombre la tendencia hacia el bien para con sus semejantes.

La conciencia refleja su estado de ánimo tranquilo, llevando la bondad a su corazón que aunque los afanes de la vida lo quieran hacer zozobrar en la tormenta del mundo, siempre la fe cristiana lo eleva por encima de las miserias humanas acercándole a Dios a través de los Sacramentos del amor y del perdón.

La desesperación no desborda nunca su apasionamiento. Cuando las circunstancias adversas le acercan a ella, sus ojos miran al cielo y encuentran en él un consuelo y un sedante a su atribulado espíritu, infundiéndole la fortaleza necesaria para llevar las contrariedades que Dios le envía a fin de fortalecer su alma y probar su temple cristiano y en la lucha su fe le sacará triunfante ganando méritos extraordinarios ante los ojos de Dios.

La religión de Cristo es la religión del amor. El amor es la suprema felicidad que Dios ha dado al hombre. Por él se puede ser feliz, pues el amor hace ver distinto el cuadro de la vida. Todas las cosas parecen más alegres, las contrariedades y obstáculos desaparecen a su paso, se olvidan las penas, se hace más llevadera la contrariedad. Sin el amor la vida no sería posible, por eso Dios concedió al hombre el gran beneficio del amor, para que amándole a El sobre todas las cosas, pudiera encontrar la vida más fácil y los trabajos más llevaderos.

El hombre que no ama es un ser desgraciado. Su vida es una amargura. No encuentra alegría en ninguna parte. Su gesto es triste, su mirada triste también. No encontrará ilusión en cosa alguna. Vive propenso a la destrucción de todo pues el odio irá infiltrándose en su corazón y el odio destruye, así como el amor es constructivo.

Feliz el mortal que la fe ha llevado a su corazón la llama del amor. Será feliz él y hará felices a quienes le rodean.

Recordad, si no, cuales fueron los momentos más felices de la vida y recordad al mismo tiempo aquellos tiempos en que el amor inundaba vuestro corazón con la comunión primera, seguid recordando y os habréis sentido felices en todo momento en que el amor llevaba a vuestro corazón la paz y el sosiego espiritual y vuestra conciencia os decía que Dios estaba contento con vosotros.

Recordad también los momentos solemnes de la vida en que por el amor os eran perdonados vuestros pecados y la bendición del sacerdote os dejaba purificados de toda culpa. Dios entraba en vuestra alma y con El la alegría a vuestros corazones.

Y es que el amor es un obsequio que Dios ha concedido a los mortales.

Jesús de Nazaret, realizó el milagro más

grande que puede imaginar la mente humana; amar... hasta a sus enemigos. Ya en la Cruz, aun escuchamos de sus labios palabras de amor, pidiendo al Eterno Padre... perdón para quienes han ocasionado su muerte.

R.

CHARLOS V Y EL BARBERO

Carlos V, Emperador de Alemania y Rey de España, visitaba un día un convento de este último país.

Los religiosos que lo habitaban eran universalmente conocidos por su profunda ciencia. Así, no es de extrañar que el Emperador quisiera cerciorarse por sí mismo de la verdad de tal nombre.

Después de haberles felicitado respecto al monasterio, sobre los grandes servicios que prestaban a la Iglesia y a la sociedad, les dijo que iba a hacerles tres preguntas que para él eran de la mayor importancia, y que a la mañana siguiente vendría a conocer las respuestas, pues si los religiosos se las contestaban, cosa que no dudaba, públicamente rendiría pleitesía a su gran saber.

He aquí las que les propuso:

1.ª ¿Dónde está el centro de la tierra?

2.ª ¿Cuánto valgo?

3.ª ¿Qué es lo que pienso?

Los monjes se retiraron a sus respectivas celdas; pero por más que pensaron, por mucho que reflexionaron, todos tuvieron que declararse vencidos. Toda la noche se la pasaron en inútiles cavilaciones. Por la mañana llegó como de costumbre el barbero del convento para afeitar a los monjes, y sorprendido al ver las caras fatigadas y preocupadas de los mismos, les preguntó la causa. Una vez que se la hubieron explicado, manifestó el barbero gran sorpresa de verlos preocupados por cosa tan baladí.

—Prestadme un hábito — les dijo — y dejadme responder al Rey.

A la hora fijada llegó Carlos V, y después de tomar asiento entre los monjes, hizo su primera pregunta.

—¿Dónde está el centro de la tierra? Entonces un monje, destacándose del grupo, contestó:

—Señor, siendo la tierra redonda, sea el que sea el sitio en que os coloquéis, estaréis siempre en el centro.

—Verdad es — dijo el Rey —. Y ahora, ¿cuánto valgo?

—Señor — repuso el monje —, no puedo estimaros más que en 29 dineros.

Al oír estas palabras se produjeron grandes murmullos en el séquito real, y hubo sorda indignación y fruncimiento de cejas por parte del soberano.

—Veamos, explicaos.

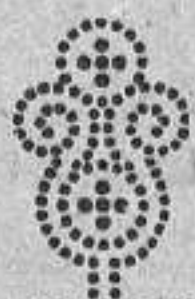
—Perdonad, señor, pero habiendo sido vendido Jesucristo por 30 dineros, me es imposible estimaros más alto que un dinero menos.

—¡Muy bien! Y ahora, ¿qué es lo que pienso?

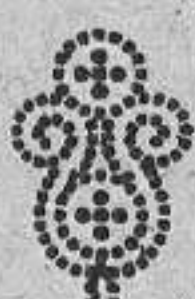
—Pensáis, ciertamente, que estáis hablando con un monje, mientras que no habláis sino con el barbero.

Y echando fuera el hábito, mostróle su verdadero traje y besó respetuosamente el manto del Rey.

Este, con toda la Corte, rieron de buen grado, y Carlos V, después de haber dado las gracias a los monjes, retiróse lleno de admiración por su ciencia, y persuadido de que esta era tan grande, que se había comunicado al barbero, sólo por su contacto con tan grandes hombres.



El Cementerio



*En tus entrañas germina
la semilla del silencio
de los que hablaron y no hablan,
y que brota en pensamientos
que recogen los humanos
que esperan poder leerlos,
mas se equivocan, porque eres
archivo de los secretos
de la eternidad que viven
los hombres después de muertos.*

*En ti los ojos que miran
a flor de carne en el cuerpo,
quieren leer y no saben
deletrear tu misterio:
ven tristeza en los cipreses,
pavor en los mausoleos,
lágrimas en los rosales,
luto en las hierbas del huerto;
quietud ven en tus caminos,
en tus jardines, barbecho
y solo ven soledad
en tu abundancia de muertos.*

*¡Torpes sentidos humanos
que no distinguen a un metro,
porque se cubren los ojos
del alma con un pañuelo!*

*Tú lo sabes y lo callas,
mas no importa tu silencio:
los que miramos por Cristo,
sin que lo digas, sabemos,
porque miramos con ojos
del alma, que no del cuerpo,
que los cipreses alegres,
son de tus manos el dedo
que con amor y esperanza
está señalando el Cielo
a las almas que volaron
dejando en tus mausoleos
(alegres camas de espera)
los cuerpos, solo los cuerpos.*

*Ven en tus flores aromas
de gracia, y en todo el huerto
perfume de eternidades;
y en tus calles, movimiento
de almas que cantan la gloria
de Dios que sale a su encuentro.*

*Te va más bien «Sementería»
que tu nombre, Cementerio;
que, aunque sitio de descanso,
sala de espera de huesos,
de ellos brota una semilla
que germina en nuestro adentro
y crece como cipreses
siempre apuntando hacia el Cielo.*

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

LOS LUTOS

En «Los honores de la Corte», libro escrito por Allenor de Poitiers en 1435, se dice que el rey de Francia vestía «de rojo» cuando estaba de luto.

Esta moda fué adoptada más tarde en España.

Hacia la segunda mitad del siglo XV, los príncipes de la sangre vestían de negro para asistir a los funerales de los reyes, pero una vez terminados los oficios, poníanse trajes de color de púrpura, que debían usar hasta la terminación del luto.

En Siria se lleva el luto de azul celeste.

En Egipto, color de hoja seca o amarillento.

En Etiopía, blanco o ceniciento.

En la India, encarnado muy vivo.

En la China, azul muy oscuro.

En Europa, América, Japón, etc., negro.

¿Cuál es la causa de esta disconformidad en los colores?...

El luto de color «azul celeste» denota el lugar o sitio que se desea para los muertos.

El «hoja seca» representa el fin de la vida, porque las plantas cuando se marchitan o mueren se vuelven amarillentas.

El «ceniciento» representa el color de la tierra del sepulcro.

El «blanco» la pureza de vida del difunto.

El «encarnado» el fuego en que se consumió la vida del difunto.

El «azul oscuro» el color del quinto cielo, a donde quieren ir los elegidos.

El «negro» la privación de la luz y la vida.

Comentando

Memento homo

Decía Bécquer:

«Voy contra mi interés al confesarlo.»

Lo que menos pensaría el poeta, era que hoy un compañero de armas, después de tantos años llovidos iba a hacer uso de su frase para desmentir su otra frase de:

«¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!»

Y, más aún, para hablar, en cierto sentido, contra las flores, a las que él tanto amó.

Voy contra mi interés en confesarlo. Cualquiera que me conozca, sabrá que digo la verdad, y que pospongo mi interés personal a la realidad de unos sentimientos que me dominan imperativos y se sobreponen al egoísmo.

Visitad nuestros cementerios en día de Difuntos, y aquella soledad de que nos hablaba el poeta, se ha cambiado en bullicio y colorido. La aspereza silenciosa y austera del camposanto, se ha cambiado, y el ambiente huele a aromas delicados, y la vista se extasia ante la competencia mun-

dana del colorido de las flores y del flamear de las antorchas movidas por el aire.

Simbólico ofrecimiento del recuerdo de los que viven para los que dejaron esta tierra de equivocaciones y de miserias. No trato de dudar de esto ni de condenarlo. Pero sí de poner las cosas en su sitio. He dicho que esta tierra es tierra de equivocaciones y de miserias y lo sostengo. Salta a la vista en el día de Difuntos. Van los que viven persiguiendo a sus muertos, creyendo que se acercan a ellos por visitar sus tumbas. Ellos, los muertos, no están allí. La Iglesia recoge respetuosamente sus cuerpos y los cuida con carifios de madre, pero «ellos», lo que después de su muerte constituye aún una vida, que no es caduca, sino eterna, no está allí. Se acercan sus deudos y adornan sus tumbas con galas mundanas, precisamente en el lugar en que solamente descansan en piadoso almacén, cenizas y huesos. Pero ellos están junto a Dios y Dios está especialmente en el Sagrario. Ante Dios estarán

unidos todos los muertos, especialmente en este día que en su homenaje se dedica la Iglesia, y ya que ellos están en la presencia de Dios, yo creo que esas flores y esas llamas, mejor estarían ante el Sagrario que los reúne, y allí, arrodillados ante la Majestad Divina, deberían de estar sus deudos agradeciendo a la Misericordia y Bondad de Dios el haber acogido en su seno a seres tan queridos. Bien esté el sentimentalismo del cementerio, pero las oraciones ante el Sagrario valen más que las flores del camposanto.

HERO.

NUMEROS ATRASADOS DE RELIGION Y PATRIA

Pueden pedirse a esta Administración que conserva la colección completa desde su reanudación en 1.º de febrero de 1944 hasta la fecha y al precio de 0,10 céntimos ejemplar.



Ornaméntación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollón, 2 - Tel. 3115
GIJON

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones
RUPERTO RIVERO MORAN
Covadonga, 27 - Telefon 1817 - GIJON

Solución al Crucigrama número 24, por Morán:

HORIZONTALES.—1. Desespera.—2. Deseo. Clapo.—3. Ecos. Rubí.—4. Sinto. Unirá.—5. Er. Osmio. As.—6. S. Ter. T.—7. Ta. Ersas. La.—8. Itala. Calor.—9. Mera. Roce.—10. Araís. Joara.—11. Cimitarra.

VERTICALES.—A. Desestima.—B. Decir. Creta.—C. Eson. Iara.—D. Sesto. Miale.—E. Eo. Ostra. Si.—F. S. Mes. T.—G. Po. Airar. Ja.—H. Epiro. Soror.—I. Rabí. Loar.—J. Anula. Laca.—K. Crustacea.

Jeroglífico n.º 31, por Morán:

NOTA

NOTA

50

NOTA

101

NOTA

¿Salió bien en el reparto de bienes?

Más crueles suelen ser los débiles que los fuertes, y más tiranos los tímidos que los valientes.

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados
Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA.

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)